

## Oración Fúnebre a DALMACIO VÉLEZ SARSFIELD (1800-1875)

Escrita y leída por DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO (1811-1888) en el sepelio de su amigo el 31 de marzo de 1875 en el cementerio de la Recoleta <sup>(1)</sup> de la ciudad de Buenos Aires.



Señores:

A la edad de 75 años, ha terminado su laboriosa existencia el doctor don Dalmacio Vélez Sarsfield, dejando a su país monumentos mas duraderos que el mármol, pues consisten en las ideas y hechos mismos que el bronce quisiera inmortalizar. Su nombre pertenece al corto número de los que, desde un punto de nuestra América, logran franquear sus límites y van a formar parte de la falange escogida que mantiene o avanza los progresos del saber humano en todo el mundo.

El doctor Vélez Sarsfield, por sus Códigos, cuenta en Europa y América entre los maestros en las ciencias jurídicas; felizmente su muerte sobreviene cuando, pasadas las primeras ráfagas del aire ambiente agitado por el movimiento que le imprime el que lleva la luz, su país había hecho plena justicia a sus talentos, y el mundo exterior recibido con estimación su contingente de labor en el campo de la ciencia. No ha tenido en los días de prueba que apelar al juicio de la posteridad, como Rivadavia, Paz y tantos otros.

La liberal legislación aduanera que nos rige, el Banco que ha sido el maná que alimenta la vida comercial, los Códigos que reglan nuestras transacciones comerciales o nuestros derechos y relaciones civiles, llevan el nombre de Vélez Sarsfield, como iniciador, sostenedor o autor exclusivo. Nadie ha olvidado los cuatro primeros años de la existencia del Banco en que se constituyó el tutor y curador de la institución contra las alarmas, innovaciones y resistencias que suscitaba el Hércules en la cuna aun, pero ya dotado de las fuerzas que no tardó en desplegar. En su bienestar y en su modo de ser social, cada uno de los que le sobreviven llevan algún bien de los que él preparó.

La existencia como naciones de los Estados Suramericanos es de reciente data, y hombres como el doctor Vélez, por su larga vida, han sido testigos o actores de su nacimiento y desarrollo. ¡Cuánto han debido ver esos ojos que se cierran! ¡Cuántos detalles explicativos de los sucesos quedan ignorados y descienden a la tumba con el testigo ocular! "Veía, cuando joven, solía decir, los caminos llenos de patriotas de Buenos Aires, que corrían a incorporarse voluntarios en el ejército del Perú, y que Ayacucho devolvió por centenares, abriendo las casamatas del Callao, donde yacían sepultados vivos, como en las catacumbas los primitivos cristianos."

La cabeza de Ramírez, habíala visto en exhibición sobre una mesa. Tuvo conferencias diplomáticas con López, sentado este caudillo de la Confederación, por malicia democrática, en cuclillas en una cocina. Fue el amigo de Rivadavia, del general Paz y de Garibaldi. Trató a Facundo Quiroga, a Rosas y a don Frutos. Formó parte del Congreso Constituyente de 1826, llevó la iniciativa en las resistencias de Buenos Aires a la violación de las formas republicanas por los que intentaron hacer de Caseros un simple cambio de personas, y mas tarde fue negociador del tratado de pacificación entre las dos naciones divididas; desde entonces. Representante, Senador, Asesor de Gobierno, Ministro, Negociador de Tratados, su vida se entretiene de tal manera con la existencia política de su país, que puede decirse que forma parte integrante de ella hasta que, legada su acción en Códigos, y convertido en ley el fruto de estudios incesantes, -de que no lo distrajeran las perturbaciones políticas, durante toda su vida,- reclamó el reposo precursor de la lenta extinción de la vida, a cuyo acto final asistimos.

Cultivó tres ramas del saber humano, penetrando hasta sus profundidades en todas ellas. De la Eneida hizo la piedra de toque para medir la inteligencia que en dos siglos habían desplegado sus traductores al francés, inglés, italiano y español, de la lengua que hablaron Cicerón y Virgilio. El estudio del latín lo llevó al del Derecho Romano, y éste a la legislación comparada de las naciones modernas. Sus Códigos y la apreciación que de uno de ellos han hecho los juristas europeos, muestran que nada más allá del punto a que él llegó había alcanzado el mundo. Era jurista tan completo en Francia, Alemania y Estados Unidos, como no lo creían sus propios compatriotas en su país. La Economía Política, ciencia nueva en el mundo, y que Rivadavia le encargó estudiar especialmente, ha tenido en él uno de sus más avanzados órganos, y en las leyes que contribuyó a sancionar, en los Bancos que creó, la más fecunda aplicación de sus principios.

Un testimonio de gratitud, que quiero depositar sobre su tumba, debo a la memoria de mi amigo de treinta años pues data nuestra amistad del sitio de Montevideo, pagando en él la parte que toca a otros dos amigos, el mártir Aberastain y el ex-presidente Montt de Chile. Déboles, a cada uno de ellos sucesivamente, no obstante su superior instrucción clásica, no obstante la disconformidad de su educación con la mía, -tan fuera de los caminos trillados,- haberme ayudado con su estimación en mis primeros pasos en la vida pública, dándome a mí mismo la confianza de que necesita un joven que no puede mostrar una patente universitaria para dar prestigio a su palabra o a su pensamiento. Sin estos arrimos, no obstante y a causa de sus posiciones y de la justa idea que de su propio valer debieron tener en sus tiempos y países, no creo que hubiese tenido valor para arrostrar las contrariedades que a tantos cierran el paso.

Cuando en 1868, el nuevo presidente indicó al doctor Vélez su deseo de que tomase parte en la Administración que el voto de la Nación le confiaba, "¿Viene usted buscando el latín?" fue su espiritual respuesta y su cordial aceptación. Era en efecto el latín, el derecho, lo que se necesitaba, y en lo civil, eclesiástico y comercial, él lo personificaba ante la opinión y la historia de la ciencia.

¡Que descansen en paz las cenizas de mi amigo, del gran servidor de su país! Con ellas desaparece todo lo que a la fragilidad humana pertenece. Quedan con nosotros, y las sentirán las generaciones futuras, las poderosas emanaciones de su alma, hechas carne en el desarrollo comercial, en el bienestar que difunde el crédito, en la justicia que extirpa el mal por la aplicación práctica de las leyes.

Estrecha como es la vida del hombre, y limitada a una corta época y a un reducido espacio de tierra, la gloria, -no lo olviden los jóvenes,- es el arte de prolongar y extender la existencia en la historia, haciendo, por grandes e incuestionables servicios rendidos a la humanidad, que mayor número de hombres que los que lo conocieron, lo estimen y amen, y que la loza que cubre sus restos no raye su nombre de entre los vivos, ni sepulte su memoria.

El doctor don Dalmacio Vélez Sarsfield ha salvado, con el asiduo trabajo de medio siglo, estas barreras naturales, y su nombre, sus trabajos y sus libros, lo harán vivir con nosotros, nuestros hijos y los de otros países, por una larga serie de años, sino por siempre, mientras haya leyes, crédito y comercio, que tanto favoreció.

¡Adiós, viejo Vélez!

<sup>(1)</sup> Actualmente sus restos se encuentran en un panteón en el PALACIO DE JUSTICIA de la ciudad de Córdoba. Fuente: Biblioteca digital de [www.educ.ar](http://www.educ.ar) (02/2006)